



DULCES QUIMERAS

POR

MANUEL VIDAL PERULLAS

Dulces quimeras

Manuel Vidal Perullas

Página de créditos

© Manuel Vidal Perullas, 2015

Todos los derechos reservados.

Diseño editorial: Ediciones EK (www.edicionesek.com)

Imagen de la cubierta:

“Hoy estamos aprendiendo el lenguaje con el que Dios creó la vida”

Bill Clinton, presidente de Estados Unidos

“Hay otros mundos, pero están en este”

Paul Éluard

PRÓLOGO

UNA NOCHE TENEBROSA

Jueves, 20 de noviembre de 2008

Bosques del Montnegre, Sant Celoni

Recostada en el sofá, la doctora Cristina Romero bebió un trago de vino y lo retuvo en la boca unos instantes para deleitarse con su sabor. La bandeja con los restos de la cena descansaba encima de la mesa baja del salón, y frente a ella, en el televisor, comenzaban a emitirse las últimas noticias internacionales. Pero la doctora apenas prestó atención, su mente volvió a evocar lo que había ocurrido aquella tarde en el laboratorio, y se sintió confusa.

«La culpa es mía.»

Levantó la copa, y lanzó un brindis al vacío.

«Por mi soledad.»

Luego la dejó encima de la mesa, y en un intento por relajarse se estiró en el sofá. Llevaba una bata roja de lana, y por debajo solo la ropa interior. Al tumbarse, la bata se le abrió, y sus piernas quedaron al descubierto. Las miró, y pensó que a pesar de todo no se podía quejar; era una mujer deseada.

«Es mi carácter lo que lo echa todo a perder.» Esa era la cruda realidad, a sus treinta y siete años seguía estando so-

la. Vivía en aquella casa cedida por Transgen, cercana a la granja-laboratorio, en la que se sentía cómoda, pero muy aislada. En el Montnegre no había donde divertirse, y eso ya le empezaba a pesar. Pero tendría que conformarse, era una condición impuesta a todos los científicos que trabajaban en la granja.

De pronto, los ladridos de Urko, el pastor alemán con el que compartía noches solitarias, la sacaron de sus cavilaciones. Se incorporó, cogió el mando a distancia y bajó el volumen del televisor hasta que el sonido fue apenas audible. Luego escuchó con atención. Efectivamente, el perro ladraba como un poseso. Se temió lo peor, pero no podía ser él después de la excusa tan convincente que le había dado. Al principio tuvo miedo, pero luego se tranquilizó pensando que seguramente sería una falsa alarma producida por un jabalí que se había acercado demasiado a la casa. Como ocurría casi siempre.

Mientras Urko seguía lanzando señales de advertencia, Cris cogió la copa de vino, bebió un buen trago, y siguió pendiente del perro. Estuvo así durante un buen rato, intranquila, mirando las imágenes del televisor, pero sin enterarse de nada, hasta que al fin Urko se calló. Eso la tranquilizó, le confirmó su teoría del jabalí, y sin darle mayor importancia se recostó de nuevo en el sofá sin soltar la copa.

Mientras permanecía en aquella posición, dando pequeños sorbos al vino, no pudo evitar que su mente volviera a revivir el incidente de aquella tarde. Y de nuevo se recriminó lo sucedido. Sabía que tenía que pensar en una solución, pero esa noche era incapaz, así que hizo un esfuerzo por borrar las imágenes que acudían a su cabeza e intentó relajarse.

No lo consiguió, y muy a pesar suyo revivió el suceso.

Vio cómo los ojos azules e inteligentes de Nick la miraban de forma especial. Rafa, el vigilante, permanecía a su lado

atento a la posible reacción negativa del homínido, y ella, indecisa, se detenía un instante con la jeringuilla en la mano para estudiar la mejor forma de proceder. Lo había hecho docenas de veces, pero todavía no se había acostumbrado a soportar aquella mirada lúcida y penetrante que la escrutaba cada vez que entraba en el cubículo. Nick era un ser transgénico, mezcla de chimpancé y humano. Tenía un lenguaje rudimentario, y Cris estaba convencida de que era capaz de sentir como nosotros. En una celda contigua también había tres chimpancés, que eran usados como cobayas de forma clandestina. Formaban parte de un proyecto ultra secreto del laboratorio, del cual solo un reducido grupo de personas dentro de Transgen conocía su existencia. Todos habían firmado un contrato de confidencialidad, y más les valía guardar silencio. La cosa no era para menos, si las autoridades se enteraban de lo que se estaba cociendo en esa granja, en pleno Espacio Natural del Montnegre, Transgen iba a tener serios problemas. Nick ocupaba una zona restringida de las instalaciones, en una celda acondicionada que disponía incluso de jardín, y con unas medidas de seguridad muy efectivas. Cada vez que ella tenía que entrar, Rafa, que hacía las veces de cuidador, la acompañaba siguiendo el protocolo de seguridad marcado por la empresa.

—No te preocupes —dijo Rafa—. Hoy está bastante calmado, no creo que intente nada.

—Le gusta asustarme, estoy acostumbrada... pero a lo que no me acostumbro es a su forma de mirar.

Cristina, aparte de la mirada, se sentía también incómoda por la mezcla de rasgos que caracterizaba a aquellos seres. Eran peludos, pero no tanto como los chimpancés, y andaban completamente erguidos, igual que los humanos, pero su robustez se asemejaba mucho a la de los simios.

Se sobrepuso, y le inyectó el sedante en un brazo. Ahora tendría que esperar a que hiciera efecto y luego proceder a sacarle una muestra de sangre, entre otros análisis.

Todo el tiempo Rafa estuvo con ella viendo cómo trabajaba, y cuando terminó, se ofreció para ayudarla a transportar el material de laboratorio.

—Nick todavía estará un rato medio dormido —dijo Cris mirando sus ojos entrecerrados—, me quedaré más tranquila si esperamos a que se despierte del todo.

Rafa la miró y esbozó una sonrisa.

—Perfecto, vamos a mi despacho. Lo vigilamos desde allí, y mientras tanto tomamos un café.

Llegaron al despacho y dejaron el material encima de una silla. Rafa empezó a preparar los cafés en una pequeña máquina que tenía encima de un mueble en un rincón.

—¿Lo quieres largo o corto?

—Largo, por favor.

Cris, que permanecía de pie apoyada en el canto de la mesa, miró a Rafa aprovechando que estaba de espaldas. Realmente era un hombre muy atractivo, pensó. Desde hacía tiempo intentaba seducirla, y ella se prestaba al juego, pero dándole a entender que no quería llegar más lejos. Había algo en su forma de ser que no le gustaba, y por supuesto, era consciente de que la actitud ambigua que mostraba con él podía crearle falsas esperanzas, pero era incapaz de evitarlo.

Rafael se giró ofreciéndole una taza humeante. Ella la cogió y la sostuvo entre sus manos mientras seguía apoyada con el trasero en el canto de la mesa. En aquella posición la bata blanca de trabajo se le había abierto dejando al descu-

bierto parte de los muslos, y eso no pasó inadvertido para Rafa.

—Podríamos cenar juntos esta noche —le dijo él, de pie frente a ella, y con el deseo reflejado en la mirada.

Cristina se puso tensa y se incorporó.

—Ya sabes lo que pienso —le contestó dejando su taza de café encima del escritorio—. No insistas, por favor.

Rafael también dejó la suya encima del mueble, junto a la cafetera, y se acercó tanto, que ella pudo oler la fragancia de su colonia.

—Me gustas mucho, Cris.

A continuación todo fue muy rápido, la rodeó con sus brazos y le dio un beso forzado en la boca.

Su atrevimiento la pilló por sorpresa, y casi al mismo tiempo intentó liberarse. Lo empujó, primero suavemente, luego con fuerza, pero sus brazos parecían tenazas y no pudo.

Entonces, sin pensarlo, ella le mordió los labios. La reacción fue inmediata, Rafael se separó y aflojó un poco el abrazo. Cris aprovechó para encajar sus antebrazos sobre el pecho de Rafa, y lo miró desafiante.

Él le sostuvo la mirada con un brillo salvaje en los ojos, al tiempo que un hilillo de sangre le empezaba a correr por la comisura de la boca.

—Te estás equivocando —le dijo Cris mientras continuaba haciendo presión con las manos sobre su pecho—. No es eso lo que quiero...

—No digas nada. —Rafael la empujó sobre la mesa tumbando y derramando la taza de café. Luego le metió la ma-

no por debajo de la bata, hasta que encontró su sexo. Ella lo vio tan desencajado que decidió no resistirse, estaba claro que lo mejor sería utilizar sus armas de mujer para salir de aquella situación.

Lo miró sin resistirse a que él la tocara, y luego le dijo:

—Aquí no. Tienes razón, será mejor que vayamos a cenar... Hagamos las cosas bien.

Eso tuvo el efecto deseado. Rafael se separó un poco aflojando el brazo que mantenía alrededor de su cuello, y dejó de masajearle el sexo, pero continuó con la mano metida dentro de sus bragas.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, estoy hablando en serio, tú también me gustas, pero haremos las cosas a mi manera.

—Está bien... podemos quedar esta misma noche.

Cris necesitaba tiempo, así que lo apartó muy lentamente, y cuando lo tuvo enfrente, sin que sus manos la estuvieran tocando, le dijo:

—Esta noche no va a poder ser. Tengo una reunión de trabajo con el jefe, y seguramente durará hasta muy tarde.

El vigilante la miró con un brillo especial en los ojos. Se limpió los labios con la lengua, y ella por un instante pensó que todo volvería a empezar, pero Rafa continuó en su sitio, y le dijo:

—¿No estarás intentando librarte de mí, verdad?

—Te lo juro que no. Es una reunión programada hace tiempo... y no puedo faltar.

—Está bien, entonces quedamos más tarde.

—Bueno... no sé a qué hora terminaré.

Rafael se acercó de nuevo, la abrazó poniéndole una mano en el trasero, y la intentó besar de nuevo en la boca. Ella lo apartó.

—Límpiate esa sangre...

Antes de que Rafa pudiera decir algo, se escucharon los gritos de Nick. Estaba furioso y los miraba con agresividad.

Rafa y Cris se separaron sorprendidos, y se acercaron a la celda.

Nick estaba fuera de sí. Empezó a dar patadas en el camastro y los miraba de forma extraña.

—Parece que algo no le ha gustado... —dijo Rafael.

Cris miró a Nick entre fascinada y sorprendida. Todavía se sabía muy poco de aquellos homínidos transgénicos y de sus capacidades. Ella estaba convencida de que eran inteligentes, como denotaban sus ojos expresivos, y abogaba para que los trataran con más respeto, y no solo como simples cobayas.

—Vámonos —le dijo a Rafael mientras bajaba la mirada sin poder soportar los penetrantes ojos azules de Nick.

—Se habrá despertado de mal humor, y... —dijo el guarda.

—Déjalo, y salgamos de aquí, se calmará cuando nos vayamos.

Cris recogió las muestras y salieron, pero antes de salir de la zona restringida, Rafa volvió a insistir en lo de la cita.

—Sé que estarás sola —le dijo—, podría venir a tu casa tarde, después de cenar.

Ante el temor de que Rafa volviera a ponerse agresivo, decidió dar largas al asunto dejando abierta de momento la posibilidad de verse esa misma noche.

—Está bien, luego te lo confirmo.

Cuando la doctora salió de la zona restringida fue como una liberación. Aspiró con fuerza el aire y se dirigió a su despacho. Ahora sabía que tenía un grave problema.

Los ladridos de Urko la devolvieron a la realidad del salón. Estaba claro que algo volvía a molestar al perro. Al principio supuso que su alarma era provocada por el mismo motivo de antes, y no hizo caso. Pero cada vez los ladridos eran más furiosos y Urko parecía fuera de sí. La doctora Romero empezó a inquietarse. ¿Sería Rafael? Se quedó escuchando con atención. Los ladridos aumentaron de intensidad, y el miedo volvió a atenazarla.

«Eso no es normal, si es un jabalí debe de ser muy grande», se dijo mientras se levantaba del sofá y dejaba la copa de vino sobre la mesa.

Acto seguido se dirigió a una ventana que daba a la parte frontal. Desde allí intentaría ver lo que estaba ocurriendo fuera. Se situó a un lado y apartó con cuidado la cortina. La noche era oscura, sin luna, y por mucho que lo intentó no pudo ver nada. Se quedó allí de pie, paralizada por el miedo, aquella situación la estaba poniendo muy nerviosa y empezaba a imaginarse lo peor.

Ahora el perro parecía haber perdido a su presa, los ladridos se desplazaban de un lugar a otro y habían disminuido en intensidad.

Cris continuó de pie junto a la ventana, procurando no ponerse a contraluz para evitar que un hipotético intruso la viera desde el exterior.

Durante unos instantes todo continuó igual, el televisor seguía emitiendo imágenes del telediario con el sonido apenas audible, y el perro continuó con sus señales de alerta.

De pronto Urko volvió a concentrar sus ladridos en un punto, y esta vez eran muy fuertes.

La doctora Romero se asomó otra vez por la ventana discretamente, pero solo vio su imagen reflejada.

Entonces Urko lanzó un aullido, como si alguien le hubiera hecho daño, y de repente se calló.

El pánico se apoderó de Cris. ¿Qué le habría ocurrido al perro? ¿Lo habría atacado un jabalí? Continuó escuchando unos instantes con la esperanza de oír sus ladridos otra vez, pero el tenue sonido del televisor era lo único que rompía el silencio. Estaba paralizada por culpa del miedo, y decidió hacer un esfuerzo por calmarse. Analizó la situación con toda la objetividad de que fue capaz. Empezó pensando que sus temores no tenían razón de ser. Si alguien se hubiera acercado, la impresionante envergadura de Urko lo hubiera hecho desistir. Y al revés, que el intruso hubiera atacado a Urko era algo poco probable, el perro estaba suelto y entrenado para vigilar, además se conocía el terreno palmo a palmo. Así que, lo más probable sería que una vez más un enorme jabalí se hubiera acercado a la casa atraído por los restos de comida que había en el contenedor de la basura.

«Tengo que salir y ver qué le ha ocurrido a Urko, igual está herido», se dijo dándose ánimos.

Se fue hasta el recibidor y abrió el armario que hacía las veces de perchero. Se puso encima de la bata un anorak lar-

go que utilizaba para los días más fríos, y se calzó unas viejas deportivas que todavía tenían algo de barro incrustado. Luego cogió una potente linterna que reposaba en un estante al lado del armario, abrió la puerta principal, se armó de valor, y salió.

Afuera la noche era fresca y muy oscura, la doctora se quedó parada frente a la casa barriendo con la luz de su linterna las tinieblas que había a su alrededor, y luego la dirigió hacia donde le parecía haber oído a Urko la última vez.

Y entonces volvió a tener miedo. Todo el valor del que había hecho acopio en el momento de salir se había esfumado de repente. Aunque no notaba el frío, se ajustó el anorak, y empezó a andar indecisa por la explanada que había frente a la casa. No sabía muy bien a dónde ir ni sabía qué debía hacer, y empezó a pensar que quizá salir no había sido tan buena idea. Pero ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás, y además Urko podía estar herido, así que, empuñando con fuerza la linterna, se convenció a sí misma de la necesidad de buscarle.

Pensó que lo mejor sería confirmar su hipótesis del ataque de un jabalí, y siguió andando despacio, procurando no tropezar, en dirección a la pista forestal que comunicaba su casa con la granja de Transgen. Casi siempre los jabalís entraban por allí, provenientes del bosque circundante, aprovechaban la circunstancia de que por esa parte no había cercado. Urko lo sabía, y cuando los detectaba, salía disparado hacia allí en su persecución. Si estaba herido, tenía muchas posibilidades de que lo hubieran atacado en esa pista forestal.

Con la linterna iluminándole perfectamente el camino, y con el corazón en un puño, avanzó resuelta en aquella dirección. El silencio era casi absoluto, solo se oían sus pisadas y el murmullo del torrente cercano. El perro seguía sin

ladrar, y eso era mala señal. Cris hubiera preferido oírle de nuevo, aunque eso significase encontrarle maltrecho.

Cuando llegó a la carretera se detuvo de nuevo. Barrió con la luz los alrededores, y en un principio no vio nada. Pero cuando volvió a recorrer la zona con la linterna descubrió un bulto en el suelo, estaba al borde de la pista de tierra, en el lindero del bosque. El corazón le dio un vuelco. Enfocó con más precisión aquel bulto extraño y se acercó lentamente. A medida que se fue acercando lo vio más claro, y sus temores se confirmaron. El perro yacía inmóvil en el suelo, rodeado por un charco de sangre.

«Dios mío, pobre Urko —pensó sin dar crédito a lo que veía—, el maldito jabalí debía de ser muy grande.»

A pesar de la evidencia quiso asegurarse de que estaba muerto, se acercó y se agachó para tocarlo. La luz de la linterna hacía brillar la sangre acumulada en el suelo, sus ojos marrones permanecían abiertos de par en par, como si hubieran quedado horrorizados por lo último que habían visto. Le tocó en el cuello para comprobar si tenía pulso, y le quedó claro que estaba sin vida. Al retirar la mano movió la linterna a lo largo de su cuerpo y pudo comprobar la magnitud de la herida. Jamás había visto nada igual. El cuerno del jabalí lo había rajado en canal.

Se levantó con los ojos humedecidos. Le tenía mucho cariño a aquel compañero de tantas noches solitarias, y no pudo evitar que la pena oprimiera su corazón.

Decidió dejarlo allí aquella noche. «Ya lo enterraré mañana con todos los honores —pensó—. Espero que no sirva de alimento para las alimañas.» Luego regresó por el sendero hacia la tibieza del salón. Sabía que en la oscuridad no podía hacer nada, pero se sentía culpable. Era como si estuviera faltando a ese pacto de amistad que siempre hubo entre los dos.